

# TRIBUNA DE LA VANGUARDIA

## EL PROCESO ELECTORAL EN LOS ESTADOS UNIDOS

# EL SI Y EL NO

Si Fichte tenía razón, la política consiste en «declarar lo que es». No es mala definición, con tal de añadirle algunas precisiones. La falsa política es aquella que dice, propone, afirma algo que nada tiene que ver con la realidad, con las auténticas creencias, opiniones, deseos, voluntades de los ciudadanos (cuando esto ocurre, no son ciudadanos). Pero puede ocurrir que una política sea verdadera, responda a la realidad social, y sin embargo declare sólo «algo de lo que es».

Se dirá que esto es inevitable, y que además es la función de los partidos: declarar, proponer, una «parte» de lo que es la realidad y el proyecto nacional, aquella que se quiere hacer avanzar, y, en definitiva, triunfar. Sí, pero con una aclaración: cada partido, que propone sólo su parte, tiene que «tener en cuenta» el resto; es su manera de «declarar lo que es»: presentar como programa una fracción, teniendo en cuenta la totalidad. Si esto no sucede así, es que se ha pasado de la política de partidos al «partidismo», que es otra cosa bien distinta, incluso contraria; tanto, que donde alcanza su intensidad mayor es cuando no hay partidos, es decir, cuando hay esa contradicción en los términos que se llama «partido único». El partido único consiste en proponer algo que algunos sienten o quieren, olvidando, excluyendo, silenciando todo lo demás.

¿Qué quiere decir concretamente, políticamente, «tener en cuenta» el resto, es decir, lo que no se propone? Algo bastante preciso: renunciar a aquello que decidida y enérgicamente «no quieren los demás», una gran porción del torso del país. Cada programa presenta y propone un repertorio de cosas, diferentes y aun divergentes; cada uno representa una fracción de la voluntad nacional. Hasta aquí, todo es perfectamente legítimo. Pero hay que contar con un factor nuevo, que casi siempre se pasa por alto: lo que yo llamaría la «voluntad nacional», lo que porciones sustanciales del país «no quieren», activamente rechazan, profundamente les repugna.

Cuando cada partido elimina o atenúa algunos aspectos de su programa, de sus deseos, porque son gravemente desagradables al resto del país, el resultado es la concordia; cuando esto no pasa, cuando se afirma lo que los demás positivamente «no quieren» (a veces, precisamente porque no lo quieren), la discordia no está lejos. En mi «Introducción a la Filosofía», hace ya un cuarto de siglo, insistí con toda energía, como rasgo de nuestro tiempo, en aquellos regímenes que no sólo no cuentan con el consenso del país, sino que se nutren de la disconformidad de una gran parte de él, que «consisten» en que una frac-

ción de la sociedad se imponga al resto de ella, contando con su repugnancia.

La política española ha consistido con frecuencia en afirmar «lo que no querían los demás», a veces sin quererlo demasiado los defensores. No ha sido ésta la regla general en la política americana; al contrario, muchas veces se ha reprochado a demócratas y republicanos parecerse en exceso; los extraños no encontraban diferencias inconciliables entre ellos, y esto los defraudaba: como si la política no consistiera, precisamente, en evitar las diferencias inconciliables.

Y quiero advertir que no se trata de «moderación» en el sentido de las medias tintas y la falta de voluntad, sino todo lo contrario: de la eficacia y la eliminación del utopismo. Las diferencias menores son las que tienen significación política; la voluntad definida dentro de una convivencia es la que consigue realizarse, la que ha hecho avanzar al mundo; y es lo que explica las diferencias enormes entre países, muchos de los cuales han pasado de situaciones perfectamente comparables o rigurosamente homogéneas.

Actualmente, en los Estados Unidos, hay una decidida voluntad de cambio, representada por el Partido Demócrata, compartida por muchos que no pertenecen a él. Si el Partido Republicano no lo tiene en cuenta, cometerá un grave error, que podría llevarlo hasta a la pérdida de las elecciones, a pesar de la gran probabilidad inicial de que las gane. La Administración actual cuenta con que el país tiene «confianza» en ella. Se dirá que no es así, que es casi un lugar común entre muchos americanos decir que «no se fían» de Nixon; es cierto, pero no significa que no «confíen» en él: en mi opinión, hasta sus adversarios confían en que no comprometerá gravemente el destino de los Estados Unidos.

En cambio, son muy pocos —incluso entre sus partidarios— los que tienen «esperanza» en la presente Administración; nada de lo que fue la expectativa de la Nueva Frontera de Kennedy (o anteriormente el New Deal de Roosevelt) puede encontrarse hoy. Y si, como he advertido, el país desea cambios profundos, esta deficiencia es muy grave; si Nixon es reelegido, puede predecirse sin demasiado temor a errar que las elecciones de 1976 —las del segundo centenario de la Independencia— marcarán un acusado «despegue», más intenso por haberse retrasado.

Por otra parte, si Nixon retiene a Agnew como candidato a la Vicepresidencia, esto será específicamente su más grave error —el que podría comprometer su éxito en las elecciones—.

Es éste un ejemplo clarísimo de «lo que no quieren los demás». Hay muchos americanos que no quieren elegir a Nixon, es decir, que «prefieren» otro Presidente; lo mismo ocurriría, probablemente, con otro presunto Vicepresidente; pero Agnew es objeto de una resuelta «voluntad» por parte de una enorme porción del país: no es que «no quieran», es que «quieren no». Hasta tal punto, que este factor —sobre todo si se tiene en cuenta la eventualidad de que el Vicepresidente llegue a ser Presidente— puede ser decisivo.

En el lado demócrata, la situación es muy distinta. Las posibilidades iniciales de McGovern son muy reducidas; pero ha tenido el acierto de elegir como compañero para la Vicepresidencia a Robert Sargent Shriver, figura atractiva y con muy pocos elementos negativos, deseable por muchos, aceptable para la inmensa mayoría (esto último, mucho más que el propio McGovern). La «fuerza» de los candidatos presidenciales está en situación inversa de la de los vicepresidenciales. La cuestión es hasta qué punto esto podría invertir las probabilidades originarias y dar la victoria a los demócratas.

Creo que con esto no basta. La campaña preelectoral de McGovern iba dirigida a los demócratas, sobre todo a su fracción más deseosa de cambio, de acentuar las distancias respecto a la actual Administración. Ha ejercido una viva atracción sobre una significativa —pero reducida— parte del país, a la cual hay que tener en cuenta (lo que no hacen los republicanos en esta ocasión). Los demócratas suscitan más «esperanza», pero menos «confianza». Sin esperanza no hay política válida y fecunda; pero sin confianza, en una sociedad estable y flexible —y la americana es ambas cosas—, no hay victoria, y por tanto no se puede poner en juego la política propuesta.

El programa de McGovern, hasta ahora, incluye elementos atractivos, pero con ellos otros que una gran parte del país «no quiere», frente a los cuales movilizará enérgicamente su «voluntad». Si no se da cuenta de esto, perderá sin duda las elecciones; si lo advierte a tiempo, si tiene en cuenta a los demás, si acierta —y no es fácil— a mantener la esperanza y conquistar la confianza, podría ser el próximo Presidente de los Estados Unidos. El análisis de esta situación podría descubrir qué quieren y qué no quieren los americanos, qué contorno preciso tienen, en 1972, esas dos poderosas partículas que mueven el mundo: el Si y el No.

Julián MARIAS

## DE CAPA CAIDA

# LOS OTROS FILOSOFOS

La primera vez, creo, fue en un papel sudamericano de economía: una traducción, desde luego. Me sorprendió la fórmula: «la filosofía de este proyecto...». Así, de entrada, quedó desconcertado, porque, en definitiva, se trataba de una operación siderúrgica, o quizá de implantar una red de fábricas de calcetines en el África Ecuatorial. ¿«Filosofía»? De eso, hace ya mucho tiempo. Luego he podido ver que el barbarismo prospera en todos los idiomas románicos, incluidos los de esta península —e islas adyacentes— que habitamos. Todavía no se ha hecho popular. Su uso parece restringido, de momento, a los círculos más refinados de la tecnocracia pública o privada, que, sin duda, «aún reza en español», y mucho, según tengo entendido, pero que ya no vacila en acudir al inglés para otro tipo de fervores. Ahora tienen su «filosofía» hasta las Sociedades Anónimas, las Juntas Locales de Tenderos y las mismísimas Directivas de los Clubs de Deportes. Recuerdo ejemplos brillantes: «la filosofía del Plan de Desarrollo», «la filosofía de nuestro Departamento», «la Oficina de Ventas se inspira en una filosofía...». Etcétera. Lo menos que cabe decir es que la novedad semántica ha de resultar chocante. Para nosotros. Al menos, para «nosotros».

Por supuesto, todo constituye un problema de costumbre, y cuando nos hayamos habituado a esa acepción del vocablo, nadie tendrá nada que objetar. Hoy por hoy, sin embargo... Me imagino que el terminacho procede de los «cuadros» yanquis. Da la impresión de ser un resabio de Universidad mal digerida. Y, probablemente, «allá», responde a una cierta lógica de idioma y de sociedad. No lo sé. En todo caso, es «aquí» donde la cosa se enturbia. La palabra «filosofía» ha hecho el viaje de ida y vuelta, y su regreso es un amargo sarcasmo. Cruzó los mares con los bagajes de la tropelía colonizadora, y, al otro lado, nunca pasó de ser una planta exótica y mal arraigada. Desengañémonos: filósofos de veras, filósofos como Dios manda, sólo hubo —cuando había— en las Metrópolis. Los arcaicos fantasmas de Oriente, la pandilla depravada de Grecia y Roma, los frailes europeos de la Edad Media y sus discípulos,

hasta llegar a Heidegger y al propio Sartre, si se quiere, forman la nómina estricta. El mundo colonial no estaba para tales lujos, y luego, emancipado del todo o a medias, tampoco sintió una gran afición al género. La filosofía —con mayúscula, si ustedes gustan: la Filosofía— fue para «nosotros» algo muy importante, mientras que para «ellos» se quedó en asignatura extenuante y opilatoria. Rebajaron el valor de su nombre, y la convirtieron en lo que denuncio: en un mero equivalente de «programa de propósitos». Porque ni siquiera alcanza a significar «teoría» en cualquiera de sus sentidos triviales.

Lo sorprendente es que, mientras tanto, los profesores del ramo se callen. Podrían haber comenzado a protestar con sencillas razones de índole nacionalístico-gramatical: al subrayar el origen «extranjero» de la barrabada, y recusarla, se habrían marcado un doble tanto, el del patriotismo virtuoso y el de la pulcritud académica. Corren el riesgo de que, por el contrario, se devalúe resueltamente el insigne prestigio de su disciplina. Por ahí vamos. La gente de la calle, que suele ser respetuosa, acabará sacando la conclusión de que todo es uno y lo mismo: la «filosofía» de los unos y la de los otros, Platón y los chicos de las «public relations». Lo cual, a la larga, afectará los severos fundamentos de la tarima, en aulas, en templos, en seminarios «underground», donde aún se practica la metafísica. La venerable institución de la «tarima» —cátedra, estrado, púlpito, presidencia— sirvió eficazmente a la manutención de la filosofía. Mal asunto, pues, si no resiste a la competencia desabrochada y jovial de los «neofilósofos» de empresa... Me extraña, insisto, que apenas haya quien levante la voz. No se me oculta que los filósofos propenden al desdén. Para ellos, su tarima es el Olimpo, y no se dignan rebajarse al pequeño, sudoroso y terne debate callejero. Con su pan se lo coman. Pero, ¿es «sólo» eso? ¿Sólo el desdén?

Me temo que no. Los filósofos auténticos —que, en general, ya ni siquiera suelen ser filósofos, sino historiadores o críticos de la filosofía anterior— no tienen ánimos para defen-

der su egregia trinchera, a estas alturas. Es como si ya no «creyesen» en la filosofía. Y, en realidad, «ya» no «creen» en ella. De tarde en tarde, tropiezo con algún amigo que se dedica a la materia, y le planteo mi sospecha: nunca he recibido una respuesta satisfactoria. ¿Qué es, qué puede ser, hoy, la filosofía? En la época de Newton, la filosofía aún era la física de Newton: entre más cosas, claro está. Pero, ahora, los filósofos se hallan en un apuro angustioso. De una parte, no quieren que se les confunda con los teólogos; de otra, se sienten incómodos ante la noción misma de «ciencia», que no es lo suyo. Las «ciencias» tienen pretensiones de verificabilidad y ganas de ser útiles. Incluso engendros tan amenos como las llamadas «ciencias humanas» —enormemente «humanas», precariamente «ciencias»— marcan sus distancias respecto de la filosofía, y en el fondo, no son más que enredos de filosofemas, adobados con estadísticas, encuestas y datos eruditos. Cada día hay más «sabiduría» que desea esquivar la tilde «filosófica». Lo de los teólogos, tampoco es broma. Un filósofo no es más que un teólogo vergonzante. O vergonzoso: por ateísmo, o por temor de Dios (por no tomar el Santo Nombre de Dios en vano, como decía el catecismo de mi niñez).

No me meteré en honduras. Soy un pertinaz lector de libros de filosofía, y sólo reconozco una variedad literaria más apasionante: la novela policíaca. Pero no por eso me considero autorizado a opinar. Pienso que si enunciase mis preferencias —y por qué no: el «Banquete», el «Discours de la Méthode», «La Philosophie dans le boudoir»? — se me tomaría mal. Ahora bien: la evidencia es que la filosofía va de capa caída, en estos días, y en los rincones más empedinados de Europa. He observado que la mayoría de los filósofos —aparte los tontos y los escolásticos— no saben a qué atenerse. Y si se atienden a algo, es para echarse a temblar. El doctor Adorno reprochaba al doctor Heidegger que, cuando éste escribía «Ser», quería decir «Führer», o sea, anecdóticamente, «Hitler». Por ahí van los tiros. No me siento con ánimo de releer el «Sein und Zeit» de Gaos para compro-

barlo. Me fio de Adorno. Por mi cuenta, y en la más estricta intimidad, yo, personalmente, ya había llegado a una conclusión bastante general: no hay Ontología que no sea fascista. La manera de expresarlo es torpe y expeditiva, y, además, ligeramente antihistórica. No importa. Pero me remito a Adorno, a Heidegger, a Hitler, como apoyo provisional. Podría invocar situaciones precedentes, y las consecuencias serían paralelas. El «Ser» y la «Porra» —o la «Hoguera»— son inseparables.

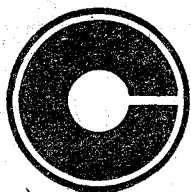
Los filósofos que rehúyen esta fatalidad optan por el vitriolo o por el bla-bla-blá. El bla-bla-blá es, a menudo, una complicidad como otra cualquiera. El vitriolo... Del lado del vitriolo pongo la Lógica Matemática y el Materialismo Dialéctico, la Lingüística Desconfiada y el Positivismo Reticente y Jocosos, estilo Bertrand Russell divulgador. Repetiré una vez más que lord Russell no era un filósofo, sino un detergente... Desde estas arpilleras, la filosofía sufre ataques continuos y macerados. No son pocos los «filósofos» que juegan el juego, y que, en última instancia, son «antifilosofos». Me basta con que sean «antimetafísicos». Pero la rutina fluye por el lado contrario: son muchos más los «filósofos», pseudofilósofos, que se aferran al mito, la cátedra o el biberón. «Sein und Zeit»: «Führer und Zeit»... La «filosofía» de la trivialización del marketing y de las planificaciones es muy poco «metafísica», y sortea el escollo: en apariencia, al menos. Es, de todos modos, una «filosofía» ingenua: una propuesta de negocio o de política, directísima. Los filósofos de toga y de biblioteca deberían admitir que el equívoco verbal les pone en evidencia: «ellos» son los peores filósofos. Los «nocivos», justamente. El anglicismo «filosofía» hace pensar en la compra; el tradicional helenismo «filosofía» induce a aprensiones infinitamente más inquietantes... Y de ello acabamos concluyendo... Mejor será olvidarlo. O aplazarlo en el comentario. «Filosofía»...

Joan FUSTER

desde luego... **Corbero**

**Corbero**

la marca de prestigio



cocinas  
frigoríficos  
calentadores

Apertura zona IV  
**CANAL AMAT**  
VENTA DE PARCELAS  
Construcción de chalets  
Park-Residencial  
PLAN APROBADO POR LA COMISION DE URBANISMO.  
"EL PESSEBRE DE CATALUNYA"

**BACHILLERATO**

(Elemental y Superior)

ACADEMIA Y COLEGIO IBERICO  
Consejo de Ciento, 340 y Lauria, 49, Tel. 221-67-48